

los hombres, la justificación, la remuneración, el castigo. Por esto tiene todo ser y orden y gobierno, y sin esto nada fué ni será. No es deste tratado discurrir por todas estas partes. Mi pretensión no es enseñar cómo obra la divina Providencia, sino que hay Providencia divina. Aquella disquisición se queda para los que la creen; esta habla con los que la niegan.

La raíz deste error no es que los malos tienen premio y descanso en este mundo, y los buenos castigo y trabajos; sino que los impíos ignorantes no saben diferenciar al bien del mal, ni conocen el castigo que los unos padecen en sus prosperidades, ni los premios y méritos que los otros gozan en los desprecios y aflicciones: y porque no entienden la Providencia, la oyen nombrar con ceño y la niegan. Curémoslos primero de la ignorancia. ¡Qué á propósito dijo Séneca: «Muchos hombres son propicios á otros; á Dios ninguno» (mejor dijera si escribiera «pocos»)! Sálvase esta universal por encarecimiento en cosa tan execrable, donde los pocos, respecto de tantos, se nombran con la diminución de ninguno. (1)

Empero nuestro cordobés en la epístola xxxi me da estas animosas palabras, contra el pensar destes: *Nemo novit Deum: multi de illo malè existimant et impunè*. Dijo en medio renglon la causa de negar la Providencia, que es ignorar á Dios, con que se siente mal dél; y la Providencia, en añadir que sentían dél mal sin castigo, no porque les falta, sino porque no le conocen. Tal es su ignorancia, que no conocen lo que padecen. Por esto es culpa y castigo en ellos la ignorancia. Que la palabra *nemo, ninguno*, no sea exclusiva de todos, sino encarecimiento de pocos, Persio en el principio de su primera sátira lo enseña, v. 2 y 3:

*Quis leget hæc? Min' tu istud ais? Nemo hercule. Nemo
Vel duo, vel nemo.*

¿Quién se podrá averiguar con los desconciertos de la cabeza del hombre? Vémosle con vanidad preciarse de que no sabe muchas cosas. Blasonan algunos, y no de los plebeyos, de no saber escribir; muestran gran sentimiento de que alguno imagine que saben contar, y no se hartan de dar satisfacciones de que no lo entienden, siendo la aritmética la razón del universo, y la justicia de la comunicación los números, sin la cual ni pueden gobernarse ni gobernar; cosa tan fácil, que en pocos días la aprenden los niños en la escuela. Y por otra parte, se indignan de no entender los secretos de la providencia de Dios y sus pasos inexcrutables; y por lo que debían reverenciar los humildes, los desprecian sacrílegos. Otros hombres tienen por fiesta el ver á otro hacer cosas que ni las entienden ni saben cómo las hace; en las cuales todo el entretenimiento consiste en la ignorancia del que las ve. Y si yo acertase á declararme con esta similitud, sería grande hazaña hacer que las burlas fuesen maestros para entender las veras:

¡Con cuánto gusto ven todos las sutilezas de un jugador de manos! Venle con las pelotillas arrojar la que tiene, y tener la que arroja; mostrarla donde no está, y desaparecerla de donde la puso; descubrir tres donde no había una, y no dejar alguna donde estaban cerradas tres; dar á

(1) Frase es del salmo LII, v. 4: «Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad nunc.»

uno en la mano una joya y hacer que la tenga apretada en el puño, y abriéndole él mismo hallarse con un escarabajo, y sacar la joya que le dió de la bolsa cerrada de otro que no la tenía; meter á otro en la boca un conife, y sacarle una lagartija; quemar un pañuelo con llama viva, y mostrarle sano; cortar una cinta, y dejarla entera; enseñar un mismo libro, una vez todo blanco, otra todo negro, otra de todos colores, ya de aves, ya de animales, ya de peces; meter á uno por la garganta el cuchillo y degollarle sin sangre ni herida, antes con risa que con lástima de los que lo ven; ajustar con nudo ciego la sogá á la garganta, y sin desatarla ni romperla, sacarla entera y añudada por la desigualdad de la cabeza sin sentirlo el muchacho, que se temió ahorcado; repartir en dos naipes á uno una sierpe y á otro una dama, y hallarse el que recibió la dama con la sierpe, y el que recibió esta, con la dama; poner dos medidas, una llena de trigo y otra vacía sin un grano, y sin trocarse, estar la vacía llena y la llena vacía. Ninguno de los que lo ven sabe cómo se hacen cosas tan contrarias; y ni se indignan ni se corren de ignorar lo que obra un charlatan vagamundo, antes se alegran y entretienen y le pagan, sin hartarse de verlo; y el que más se admira, atribuye las que juzga maravillas á que se obran por arte del diablo, siendo engaños mecánicos que los dedos de un pícaro hacen á las atenciones de los ojos, á la presunción de los entendimientos, que las compran y no las condenan.

Y porque ven á la providencia de Dios volver los tesoros en áspides al que los recibió, y los áspides en tesoros á los que los padecían; abrasar en llamas al mártir, no solo sin ofenderle sino ilustrándole, y ser nueva vida y eterna los cuchillos y las sogas á la garganta; y llenar de frutos al que ha de carecer de ellos, para colmar de ellos al que está vacío; dar á unos lo que cierran para no tenerlo, y cerrar lo mismo en el que no lo tiene; hacer que los hombres subiendo bajen, y bajando suban; que padeciendo gocen, que gozando padezcan; que muriendo vivan, y viviendo mueran;— porque no lo entienden, no solo no se entretienen, sino se escandalizan. Y habiendo consolado su ignorancia en las tropelías con persuadirse que puede ser por arte del diablo, en los misterios se desalientan; y niegan que pueden obrarse por arte y poder y providencia de Dios estas cosas tan dignas de su gobierno, tan niveladas con su justicia. Veamos cómo es esto verdad, y veráse que las nubes están en los ojos, y no en las cosas.

Sea el primer colirio, que no todos los malos que ocupan honras y puestos, los consiguieron por impíos y delincuentes, ni quien se los dió tuvo esta culpa. Los más, en excesivo número, con la humildad reconocida, con el silencio prudente, con asistencia agradable, con paciencia servil alcanzaron las dignidades, y con ellas luego se hicieron indignos de ellas. Muchos fueron buenos hasta hallar quien los tuviese por tales; infinitos se hicieron malos luego que los premiaron por buenos. Son sin número los que esperan entre buenas costumbres, para ser ruines, solo á verse en honra; otros, y no son pocos, no se cansan de ser virtuosos, hasta que adquieren con qué poder ser impíos: tienen paciencia para ser humildes mientras no tienen poder para ser soberbios. El príncipe y las repúblicas dieron á los que juzgaron beneméritos lo que lamentamos que pase en indignos. La culpa es de los que se hicieron

malos con el bien; la desdicha, de los que dieron el bien á los que usaron dél mal, juzgándolos por buenos.

Coligense dos cosas por la divina Providencia: la una, que la achacan los malos, que ella no premió; los cuales se hicieron malos con los premios que los dieron por buenos. Dirán que por lo menos permite que esto suceda; respondo que este es privilegio del libre albedrío, que si Dios no se le concediera al hombre, le quitara los méritos, y en ellos los premios.

La otra, que tienen tanto de peligros estos que llaman bienes, de que gozan los malos (pues hacen de los beneméritos indignos), que es merced de la divina Providencia apartarlos de los justos, y castigo consentirlos á los impíos. Con que se prueba que todo lo entienden al revés estos sacrílegos, que se usurpan judicatura sobre las disposiciones de Dios. ¿Cómo pues los bienes, honras y dignidades del mundo harán al malo bueno, si al bueno le hacen malo y al perverso peor? ¿Quién pues los tendrá sin riesgo? Quien los rehusó, quien los teme, quien los desprecia, quien los padece; quien los tiene, sin que ellos le tengan. Donde son carga y penitencia, no son peligro, sino logro; donde son blason y pompa, son riesgo que fácilmente se desliza á culpa. No sin misterio, en la lengua santa (que los brota aun en los puntos) esta palabra *חסד* que significa misericordia, piedad, beneficio y bondad, significa también oprobrio, cosa tan contraria. Empero verificáronse todas estas significaciones en Cristo, en quien el oprobrio fué piedad, misericordia, beneficio y bondad. De *חסד*, se llama la cigüeña *חסדיה*, por ser símbolo de la piedad, no sin oprobrio; pues ejercitando la piedad en la decrepitud de sus padres, tiene por alimento las pestes de la tierra, y comiéndolas hace beneficio á los hombres, á quien son asechanza. Aquel lienzo que bajó del cielo y puso la mesa á san Pedro, haciendo oficio de manteles, donde las viandas eran animales inmundos, de que le dijeron que comiese, ¿qué otra cosa fué que convidarle á misericordia, á piedad, á beneficios y á oprobrio; para significar que en este mundo, sin padecerle, no tienen lugares otras virtudes, como sin el veneno de la víbora, la salud de tantos ingredientes en la triaca no son remedio?

Ninguna cosa que no se confecciona con el padecer, tiene estimación. Aprendámoslo de las joyas, con cuyo esplendor, sin culpa suya, nos engañamos. Repasemos los martirios que de nuestra codicia padece el oro, que parece que el color pálido le tiene del susto, y no de la naturaleza. Persíguele el hierro, rompiendo por las entrañas de su madre; sacándole de sus venas hecho polvos y despedazado, le amasan con azogue; condénanle al fuego en horno ú crisol, derrítienle en humor con el rigor plebeyo del solimán; viértienle en rieles, de donde empieza el ejercicio de su paciencia; alárganle en pasta, donde á fuerza de golpes se extiende en láminas debajo de la porfia de los martillos; de donde pasa delgado á padecer, antes de ser joya, los dientes de la lima que le muerden y las heridas del cinzel que le cortan; siendo la orina afeite asqueroso, á quien debe el color su hermosura. Para ser moneda, en que consiste toda su soberbia, se aumentan sus mortificaciones: hácenle pedazos por el albedrío del peso; pónese el cuño marca como á esclavo, hácele áspero con armas y letras, en que se lee el señorío que pa-

dece. Su paseo es correr más aprisa por donde le manda la usura, por donde le arrastra el logro, por donde le despeña el juego, por donde le hacen delincuente y facinoroso los vicios. El diamante, sudor de la congoja de los cerros de Oriente, exprimido por el rigor de los soles que los afligen continuos, es guija desgarrada de los pedernales; y nace tan mal vestido, que rudo le tirara el que le ve, si no asegurara su linaje quien le vende; tan anegadas en guigarro sus luces, que rescatarlas del rebozo de tierra cuesta tanto como despues le da de precio la locura: joya que si no se padece á sí misma, se queda en el desprecio de canto; nacida para encarcerada, y siempre con grillos de oro presa. Y con presumir de constelación, de noche para que sepan donde está, aguarda á que la hiera la lumbré de una torcida ó la chispa de un tizon; y cuando con mayor pompa enciende sus reflejos con la fanfarria del oro, le pone vergonzosa ceniza un gusanillo, que se miente estrella de noche; á quien enciende la oscuridad, cuando él apagado no se diferencia del sombrero donde es cintillo, ú del dedo que abraza sortija, abreviando un patrimonio en resplandor que se equivoca con el cristal, con el vidrio y con una gota de agua. ¿Quién negará que estos tesoros en el nombre, que se levantan con el corazón de los que en ellos ponen su felicidad, no son el oprobrio y desprecio de la tierra? á quienes, como sabidora de su contagio, escondió con tanto cuidado la naturaleza, que los cargó los montes encima, borrando sus caminos con los golfos y apartándolos de nuestra codicia con el divorcio de todo el Océano. ¿Quién no ve la vileza de su principio y las indignidades de su disposición, y que deben su belleza y precio á los oprobrios que padecen, y que les viene de casta el ser martirio y peligro de quien los posee? Pregunto á los contadores de la bienaventuranza caduca, si saben de alguno que adquiriese estos bienes sin desvelo, sudor ó afrenta; que los posea sin miedo y envidiosos; que los deje sin arrepentimiento, que los pierda sin dolor. ¿Cómo pues llaman dichosos á los impíos que padecen tantos tiranos como tienen joyas y dinero; y malaventurados á los virtuosos, que libres de la insolencia destes verdugos magníficos, gozan de paz desembarazada y segura?

Es tan sólida esta verdad, que ninguno de los malos que están ricos y tienen honras, dignidades y puestos, con no haber tenido vergüenza de conseguirlos con medios facinorosos y infames, tendrá desvergüenza para confesar la abominación de las maldades y la vileza de los delitos y miedos con que los conserva y posee. Luego todos aquellos de quien Dios los aparta, le deben caricia y regalo; y los que los consiguen, juntan castigo y tormento.

Opondránme que hay muchos buenos ricos y en dignidades, y muchos malos pobres y en desprecio. Si no hubiera esto, no hubiera Providencia y faltara la demostración que la prueba evidentemente. No de otra suerte se conociera que puestos, dignidades, honras y riquezas, desprecio, abatimiento, persecuciones y pobreza, son de sí cosas indiferentes, buenas ó malas por la virtud ó la iniquidad de los que usan de unas y otras. Si no hubiera, como los hay, hombres temerosos de Dios y ricos, no tuviera la caridad con qué dar alimentos á los necesitados; no tuvieran los pobres hacienda, y carecieran de patrimonio las miserias públi-

cas; ni hubiera quien enjugara las lágrimas á las viudas y fuera de por vida la desnudez de los huérfanos; ignoraran el oro y la plata el camino por donde su peso asciende desde lo profundo de la tierra á lo más alto del cielo; no supiera la moneda introducir su valor en el comercio eterno, ni correr en la bienaventuranza la que arrastra en el mundo; no se supiera que hay hombres buenos á quien la riqueza no hace malos; y por ellos se sabe que la virtud la hace buena, que debe á la piedad y misericordia el precio, y no á las minas; que el rico es el que tiene para dar, y el pobre el que guarda para tener; que este es bolsa, y no rico, y en vez de ser poderoso, es desapoderado; que es laguna de los bienes del mundo, donde están presos y detenidos en ocio inútil, dejando sedientas las plantas y confesando lo estantío con el olor, el cieno y la cria de sabandijas inmundas. Todos estos desengaños y la salud de tan esclarecida doctrina se debe á los varones que saben ser ricos y misericordiosos.

No es menor enseñanza la que recibe la atención religiosa, de los impíos abatidos y pobres. Si no los hubiera, se juzgara que universalmente estaban los bienes temporales hipotecados por legítima forzosa de los ruines y de los impíos. No tuviera excepción el error en esta materia capital, de los que oponen á Dios que solamente los delincuentes y malos tienen bienes, honras y puestos; siendo así que la mayor parte de ellos miserablemente mendiga y padece abatida, y muchos dignos y virtuosos están con esplendor exaltados. Hay buenos que gozan y tienen felicidad temporal, y buenos que padecen desamparo y desprecio; y sucede lo mismo en los impíos: con que se prueba que no son las riquezas ni la mendiguez por sí malas ni premio ó castigo destinado á unos ú á otros. Todo lo que Dios hizo, vió que no solo era bueno, sino muy bueno: *Et vidit cuncta quae fecerat: et erant valde bona.*

Hacen demostración de esto todas las cosas á la incredulidad ciegamente infiel de los ateistas. No hay veneno en yerba, ave, pez, animal, piedra ú metal, en quien el buen uso no halle salud y remedio, si el malo halla peste y contagio. El napelo es tósigo y ponzoña de los campos; y alimento de las codornices. Venenosa es la cicuta: con ella murió Aníbal, el más valiente capitán general que padeció Roma; con ella engordan las gallinas. Venenos son el azogue, el antimonio, el tártaro y el diágridis (a); y preparados son purgas, que eficaces contradicen la enfermedad, desembarazándola en las oficinas del cuerpo de los humores discordes y demasiados. Los alacranes son médicos de sí mismos; así los escorpiones (b). La araña, horror y asco de la vista (que contenta con la noche de un agujero atesora, en las enemistades con la luz, ponzoña rabiosa), aprisionada en la cáscara de una nuez sabe atajar la porfiada tarea de la cuartana. La víbora, que en los círculos de su cuerpo se flecha arco y saeta homicida, en la triaca se opone á las heridas de su diente. No de otra manera los tesoros, las felicidades, las honras, los grandes puestos, la pobreza, la calamidad, el abatimiento son venenos en unos, y remedios y antidotos en otros. En el efecto que hacen, no en el nombre que tienen, está la verdad de lo que son.

(a) Confección medicinal que tiene por base la escamonea.

(b) Porque se dice que para la picadura de alacran es gran remedio poner sobre ella un alacran machacado.

¿Quién vió al rico gloton vestido de púrpura, en que la lana estaba no solo teñida sino embriagada del veneno de Tiro; en cuyo aparador las minas edificadas en vasos, con la capacidad demasadamente corpulenta advertían las avenidas de su sed? ¿Quién le vió beberse las vendimias, y engullirse las monterías, y cerrar en un vientre todas las habitaciones y pueblo de los elementos; y tan medrosos de su hambre á sus lebreles, que comían con susto los hueses y migajas que se caían de las manos, porque no acabase en ellas y con ellos? ¿Quién pues le vió, que no le llamase rico y poderoso? Murió y fué sepultado con pompa y grandeza, porque en él juzgaron la opulencia y los tesoros por bienes, que él mismo en el infierno (que le festejaron por túmulo) conoció que eran males que pudieron ser bienes. ¿Quién vió en su presencia á Lázaro, el santamente pobre y sumamente desconsolado mendigo, antes llagas con alma que hombre con llagas, sin otro vestido que el que por toda su persona continuaban las hilas y las vendas, convidar liberal con sus úlceras á los perros, que piosos se las lamían; cuando el epulón negaba una migaja de pan á quien después pidió una gota de agua, porque se viese cuánto peor es la hambre avarienta que la canina? Murió Lázaro y salió el alma de aquel cuerpo, que por las roturas tan de par en par estuvo para su libertad; y fué llevada por los ángeles al seno de Abraham, adonde se conoció que los gusanos eran mérito, la miseria tesoros y riqueza, el oprobrio honra, y que del veneno hizo medicina, como el avariento de la medicina veneno. El pedir toca al pobre, y no al rico; pide el rico, y no el pobre, para que se vean en su boca las mentiras de su soberbia. Primero pide para refrigerarse una gota de agua, y luego que vaya Lázaro á desengañar á sus hermanos: prefiere su alivio en la extremidad de la lengua á la salvación de los suyos; estilo de condenado. En los infiernos está, y aun presume de mandar á Abraham, y de que le baje á servir el pobre; aun en hablar con el gran patriarca Abraham, y no con Lázaro, tuvo vanidad de rico. Dejan al avariento cuando muere, las comodidades, los regalos, las riquezas; y pasan con él á la otra vida las costumbres y achaques de su pecado, y tanto como le acompañan le atormentan: son verdugos, y no cortejo. ¿Quién envidiará felicidades que nos dejan con desden, y costumbres que ni dejan en la sepultura, ni dejan descansar después del entierro el espíritu?

El santo Job, como catedrático que me preside en estas conclusiones, nos enseña qué son las riquezas y felicidades, qué la pobreza y miseria perseguida, de quién son dádiva, cuáles han de ser el rico y el pobre; que son igualmente merced y beneficio de Dios, en que su divina Providencia, no solo se deja conjeturar, sino que la tratemos y mostremos visible con nuestras acciones y sucesos.

El fué grande entre los príncipes de Oriente, poderosísimo en ganados y posesiones; floreció en hijos; tuvo muy abundante familia, cosecha de la bendición de Dios, que liberalísima asistió á fertilizar y fortalecer su casa en circuito, sin que algun ángulo della careciese deste amparo. Oigamos de su boca qué uso tuvo su prosperidad desta grandeza, cap. 29: *Auris audiens beatificabat me, et oculus videns testimonium*

reddebat mihi. No le beatificaban los ojos y los oídos por el poder y los tesoros (alabanzas que, siendo de cosas ajenas en Job, fueran lisonjas cortesanas); bendecíanme, dice, v. 12: *Eò quod liberassem pauperem vociferantem, et pupillum cui non esset adjutor. Benedictio perituri super me veniebat, et cor viduae consolatus sum. Justitia indutus sum: et vestivi me, sicut vestimento et diademate, iudicio meo. Oculi mei caeci, et pes claudus. Pater eram pauperum: et causam quam nesciebam diligentissimè investigabam. Conterebam molas iniqui, et de dentibus illius auferebam praedam.* Coligese que el poder y la riqueza de Job, como rico y rey, era ojos á los ciegos, piés á los tullidos, socorro á los huérfanos, alegría á las viudas, defensa á los opresos, remedio á los que perecían, patrimonio á los pobres, justicia á los litigantes: y por esto beatificación del rey y del rico, en quien el poder daba defensa y no miedo, y las riquezas no se contaban por blason y se repartían por alimentos. ¿Quién negará que la hacienda era de los pobres, y el cuidado del que la tenía? La riqueza y el poder que saben serlo, son mérito en el que la posee, y socorro y caudal en los menesterosos; en los tiranos y avarientos tienen esclavos, y no dueños; tienen á los que los tienen. Tanto les falta lo que poseen como lo que codician; adquieren para tener lo que todos tienen; no para gozarlo, sino porque ninguno lo goce; más quieren tener ladrones que se lo roben, que necesitados que se lo agradezcan. Estos, cuanto más guardan lo que tienen, pierden más lo que guardan. ¡Exquisito ingenio de la codicia! ¿Qué mayor locura que acusar á la divina Providencia de que da bienes á los malos, siendo tan penosos males estos que llaman bienes; y que reparte á los justos calamidades, cuando son descansos, desembarazo y seguridad? Útil y á propósito será la meditación de las palabras referidas de Job. Dice que *libró al pobre que daba gritos.* Siendo estos los que habían de oír los sordos, son los que, por el enfado que reciben los ricos, ensordecen á los que oyen. Antes se cansan del trabajo que gritan, que los descansan del trabajo. Si callan, dicen que no los oyen; si dan voces, no los quieren oír. En estos las orejas no son órgano del sentido, sino achaque contra el justo sentimiento del que clama. Al que tuvo estas mañan Cristo le llamó (1) «juez de la maldad». Y él mismo dijo de sí: «Aunque no temo á Dios ni hago caso de los hombres, daré despacho á esta viuda, porque no me sea más molesta.» Este, arrojó la justicia, no la hizo; tiróla el amparo, no se le dió: no por descansarla con él, sino por descansar de ella; haciendo justicia, se hizo reo. La real clemencia con ninguna joya se adorna tanto como cuando la bendición del que perecía en último desamparo, la comprende. Bendición que dicta la muerte, deben codiciarla los jueces y los príncipes: solamente la merece piedad imitadora de Dios. Dice que *consoló el corazón de la viuda.* Lee Pagnino: (2) «Hacia cantar el corazón de la viuda.» ¡Con cuánta gala enseña cómo se ha de consolar el corazón de la viuda lo misterioso de la lengua santa! *וְלֵב אֲרַמְנָה אֲרַבְנָה.* No es consuelo enjugarla las lágrimas; hácelo el tiempo y la costumbre de la pena. Hacer

que cante los lloros, volverla en himnos los gemidos, hacer lira el corazón que fué clamor, es el consuelo de la caridad magnánima. Las promesas, caudal de la avaricia; las palabras regaladas, muchas veces ministras del engaño; la compasión aparente, de que usa la hipocresía por ahorro, detienen los lloros en las mejillas de la viuda, no los enjugan; suspéndenlos en su corazón, no los alegran. *Vestime de justicia y adornéme con mi juicio como con diadema.* La Interlineal: (3) «Vestíame la justicia, y vestíame á mí mi juicio como palio y diadema.» El rico y el príncipe que no se vistiere de justicia, no será coronado con su juicio. La justicia es la púrpura con que están hermosamente colorados; la púrpura sin justicia es vestidura con que están colorados, vergonzosamente, antes con la librea de la afrenta que de la grandeza. Vestíase él la justicia; no dejaba que otros se la vistiesen, porque no le trocassen el vestido en que solo tuviese el nombre, y porque no le vistiesen de la justicia que cada uno quiere para sí y no para los otros. Conócese que temía esto, pues dice: (4) *Examinaba diligentemente la causa que no sabía.* Quien tiene el entendimiento en otra cabeza, tiene por entendimiento la voluntad de otro; sabe lo que el otro quiere que sepa, no lo que debe y puede saber: su entendimiento es relación, no potencia del alma; antes impotencia y flaqueza suya. Por eso para el premio y para el castigo con sumo desvelo investigaba la causa que no sabía. ¿Qué pues era lo que obraba con esta diligencia? El lo dice: (5) *Quebraba las muelas al ladrón, y de sus dientes sacaba la presa que había hecho.* Quitar la presa de la boca que la hurtó y pasarla á la propia, es mudarla de unos dientes á otros, no librarla; es tener por perros de caza los lobos. La liebre quien la mata es quien tiene galgos que la cojan, para pasarla de su boca á la suya; no la mata el que la busca, el que la descubre, el que la alcanza, sino el que se la come. El que quiebra las muelas al que muerde la presa, es quien la libra de sus dientes y la rescata. Hay meses vedados para la caza y pesca por su conservación; y no los hay ni un día ni una hora para la montería, redes y lazos y anzuelos y tiros de la avaricia y usura, porque no se acaben y perezcan los pobres, los huérfanos y las viudas. Junta á esto el santo Job, rey poderosísimo, que *fué ojos á los ciegos y piés á los tullidos.* Los ricos que no pueden ver á los ciegos, peores ciegos son; quien ve al ciego que no puede verle, ese es sus ojos; quien va al tullido que no puede venir á él, es sus piés y sus pasos. Segun esto, el pobre se sirve del rico, y el rico es piés del pobre; aquel tiene el cuidado de mayordomo y las ansias de padre, este el descanso, y socorro y regalo de hijo; al uno sobra lo que al otro le falta, para que al otro lo que le falta le sobre.

¿Quién negará que este repartimiento de la divina Providencia no es tan justificado como maravilloso y igual? Practícalo al revés los impíos y avarientos; y de lo que ellos estragan y confunden, se escandalizan; y acusan á Dios, de las propias culpas con que le ofen-

(3) *Justitiam induebam; et induebat me tanquam pallium et ci-*

darum iudicium meum.

(4) *Causam quam nesciebam, diligentissimè investigabam.*

(5) *Conterebam molas iniqui, et de dentibus illius auferebam praedam.*

(1) *Judex iniquitatis.*

(2) *Et cor viduae canere faciebam.*

den, cuando les permite los puestos, las dignidades y las riquezas. ¿Qué culpa tiene el que dió á otro la cadena de oro para que la trujese al cuello por gala, de que él añudándose la por sogá se ahorque con ella, y la haga lazo? Por el error y ignorancia de los hombres vemos desesperacion dichosa y dicha desesperada, con una misma ocasion, en el avariento que en el seno más escondido del monte ocultó su tesoro. Otro que perdió cuanto tenía, mal persuadido de la necesidad, tomó una sogá para suspenderse, y añudarse con ella su vida; buscando lugar secreto para su desesperacion, eligió el mismo donde el miserable habia escondido su caudal; y teniendo ya la sogá apretada á la garganta, para alcanzar á atarla de rama de donde pudiese ahogarse, quitó una piedra que cubria el tesoro del otro: viólo, y socorriéndose con él y consolándose, quitóse el lazo y dejóle en el mismo lugar, y llevóse el rico depósito. Vino el que le dejó allí; y no hallándole, y hallando la sogá, de pena se ahorcó con ella. Mirad los desatinos del dinero; quien le pierde, se va á desesperar; quien no le halla se desespera: el que busca la horca, halla el tesoro; y el que busca su tesoro, halla la horca. ¿Con qué discurso se llaman bienes los que al desesperado ofrecen tesoro, y al dueño dellos la desesperacion ajena? Y si en esta maldad no habrá quien culpe á la riqueza, ¿cómo puede haber quien culpe á Dios, siendo los delincuentes aquellos espíritus avarientos, que solo se juzgaron por dignos de vida mientras poseyeron el metal que los juzgó por dignos, no solo de muerte, sino de muerte infame? Muchas veces nos castiga Dios concediéndonos lo que importunos le pedimos. ¡O cuántos deben á sus ruegos las calamidades que lloran! Pedimos á Dios con oraciones los castigos que su piedad nos detiene. Muchos hombres he visto dichosos por no haberles sucedido lo que han deseado, y pocos por haber conseguido sus deseos.

Rico desengaño y espléndida doctrina nos dió la gentilidad con la fábula de Midas. Su avaricia aun se pudiera disculpar en un pobre, empero no en un rey. Pidió á Jove que á su tacto concediese instantáneamente producir el oro que en la tarea de tantos años engendra el sol: quiso que se abreviase en sus dedos y labios el ingenio del monarca de las luces. Concediéndoselo Júpiter, cuajábasele en metal la bebida en tocándola con los labios, endureciábase la comida, y murió de sed preciosa y de hambre opulenta. Este, muerte pidió llamándola oro. Requebramos nuestros males poniéndolos nombres de bienes: pedimos poder, para ser desapoderados; y honras, para juntar afrentas; y puestos, para ser capaces de deposicion; queremos subir, para tener de donde caer. Veis al pobre virtuoso hundido, y teneis le por bajo; al rico soberbio en la cumbre, y teneis le por alto. No es grande la hormiga por estar sobre un monte, ni pequeño un gigante por estar en lo profundo de un valle. Mal arquitecto es la soberbia: fabrica contra el arte. Miremos la estatua de Nabuco: lo fuerte y sólido puso en el tejado, haciendo de oro la cabeza; y el barro en los cimientos, haciendo del los pies. La Iglesia á los pies pone el oro, y el polvo en la frente y sobre la cabeza; y esto lo hace, *ne offendas ad lapidem pedem tuum*, cuando una guija es sobrada municion contra los pies de aquel coloso, que gastó el metal, el bronce y el hierro en

lo que no habia de ser combatido, y dejó sin armas la flaqueza de toda su fortificacion. Todos nuestros desvelos son este sueño de Nabucadnezar, pues ni ponemos cosa alguna en su lugar, y lo erramos todo de piés á cabeza. Si hay tanto peligro en perder la hacienda y en no hallarla, y en no saber dónde se ha de colocar, ¿cuál riesgo será el poseerla y ser de ella poseído? El Evangelio nos lo enseña, diciendo con las palabras de Cristo: «Más fácil es enhebrar un camello por el ojo de una aguja su cuerpo montuoso, que entrar un rico en el reino de los cielos.» Luego el que deja la riqueza se abre la entrada, se allana para ser capaz della, y se quita el estorbo; y á este hábil para el paso de toda felicidad, juzgan por infeliz; y á aquel que lleva á cuestras su impedimento á todo bien, aclaman bienaventurado.

Es tan difícil, y es tan gloriosa hazaña ser poderoso y bienaventurado en todo, y juntamente varon simple y recto y temeroso de Dios, y apartarse de mal, que Dios blasonó que en Job, que lo era, tenia un amigo destas calidades; y añadió que no habia otro en la tierra semejante á él. Y no hizo esta ponderacion cuando permaneció en su simplicidad, temor y justicia, despojada de todo, habitado de gusanos, dejado y escarnecido de su mujer y perseguido de todos sus amigos; porque las calamidades dan mejor cuenta del seso humano que la prosperidad. (1) Hombre bueno á prueba de la felicidad, de los trabajos hace defensa, y con la batería que le dan se pertrecha y fortalece.

Que la prosperidad humana, que á estos escandaliza, que la permita Dios á los malos, sea trágica y que siempre obligue á deletrear sangre en las historias, los idólatras lo conocieron. Exclamó en su *Farsalia* Luciano:

*Dedecori est Fortuna prior, quisquamne secundis
Trudere se factis audet, nisi morte parata?*

Espantóse de que hubiese alguno que se atreviese á ser dichoso sin tener primero tragada la muerte. ¡O espanto lleno de animosa doctrina! Bien á propósito dice Séneca que si los pobres que desean ser ricos, y los despreciados que desean puestos lo consultasen con los que son lo uno y gozan las dignidades, que atemorizados se apartarian de tales intentos.

De los prosperados dice san Agustín, serm. II sobre el salmo XLVIII: *Isti ergo quibus mors pastor est, videntur florere ad tempus, et justis laborare: sed quare? Quia nox est adhuc. Quid est, nox est? Non apparent merita justorum, et quasi nominatur felicitas impiorum. Tam diu videtur herba laetior quam arbor, quam diu hyems est. Herba enim per hyemem viget, arbor per hyemem quasi arida est: cum sol exierit ferventior tempore aestatis, arbor quae per hyemem arida videbatur, expletur foliis, profert fructus; herba autem arescit.* Este salmo canta la divina Providencia, y la enseña dando luz á todas las tinieblas, de que se valen los que ó la niegan ó la acusan; y como doctrina de universal remedio, empieza pidiendo atencion á todos, *Audite haec, omnes gentes: auribus percipite, omnes qui habitatis orbem: quique terrigenae et filii hominum: simul in unum dives et pauper.*

(1) Son deste sentir las palabras de san Agustín: «Nulla felicitas frangit quem nulla felicitas corrumpit.»

Con el verso 15, dictó á san Agustín cosa al parecer tan nueva, como llamar pastor á la muerte, oficio tan contrario al suyo: *Sicut oves in inferno positae mors pastor est eis*. Nuestra Vulgata exprime rigurosamente el texto hebreo: *Sicut oves in inferno positi sunt: mors depascet eos*. No se extrañará menos que las ovejas se pongan en el infierno, pues el Evangelio nos dice que las ovejas serán apartadas al lado derecho para ser conducidas con bendicion al cielo. Por estas dificultades nos previno David en este salmo, v. 5, diciendo: *Inclinabo in parabolam aurem meam: aperiam in psalterio propositionem meam*. Gran maestro, oye las parábolas y enigmas para declararlas con la suavidad de la música.

Propiamente se llaman ovejas en el infierno, aquellos que la muerte, que es el pecado, mintiéndose el nombre de pastor por el tiempo limitado desta vida, apacienta en toda hartura de perdicion. Ellos propios se confiesan ovejas infernales literalmente en el libro de la *Sabiduria*, cap. 2, v. 8: *Coronemus nos rosis antequam marcescant: nullum pratum sit quod non pertranseat luxuria nostra*; estaciones son estas de recorrer todos los prados de oveja de los rebaños de la muerte. Y porque se dan prisa á coronarse de rosas antes que se marchiten, dice el gran Padre: *Isti ergo quibus mors pastor est, videntur florere ad tempus*. Su pasto y gala es tal y tan momentánea, que, como saben que ella se da prisa á caducar en pocos dias, y que viven horas por edades, se adelantan á cogerle; no comen bocado sin susto de muerte, ni visten rosa que no hagan mal acondicionada las espinas. No se les da el nombre de ovejas por la mansedumbre y el fruto del esquileo, sino porque el seguir unos á otros con la imitacion de los malos pasos, los precipita. Llámase el pecado muerte y pastor malo, en oposicion del buen pastor: este conoce sus ovejas, y sus ovejas le conocen; aquel es desconocido, pues si sus ovejas le conocieran, tuvieranle por lobo, no le siguieran por pastor; debe los hatos que tiene al no ser conocido de ellos, y el engaño le junta el caudal. ¿De qué pues se alimentan estas ovejas? De flores y de yerbas que nacen á corta vida: las unas ve nacer y morir un mismo sol, las otras una limitada porcion del año. Por esto dice el Santo: «Estos pues, á quien la muerte es pastor, parece que algun tiempo florecen, y que son afligidos los justos. Empero ¿por qué? Porque es de noche. ¿Qué es ser noche? No se ven aun los méritos de los justos, y casi parece que se nombra la felicidad de los impios. La yerba por el invierno está verde, el árbol en el invierno casi está seco; mas cuando el sol por el estío con mayor fuerza cuece en hervores de luz las mieses y los campos, el árbol que por los hielos y frios parecia seco, se viste de hojas y se carga de frutos; la yerba que en el invierno estaba lozana y fresca, enferma y seca se cae.»

¿Quién no conoce aquí la diferencia de las ovejas y los pastores, y del pasto del malo que goza, y el bueno que padece? El árbol nunca se seca; solo en el rigor del invierno parece que está seco, mas en llegando el verano desmiente aquel semblante tres veces, con hojas, flores y frutos. La yerba verdaderamente se seca con el sol que fecunda los troncos y ramas. El justo siempre fué asimilado al árbol que da el fruto en su tiempo, no en todos tiempos, no en los de la fortuna, cuyo calenda-

rio desvaria. El primer salmo dice que el justo y el santo erit *tamquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo*. Empero los malos no son así, no: *Sed tamquam pulvis quem projicit ventus à facie terrae*. El texto hebreo dice que es como yerba seca, pues tal es lo que en latin llamamos *gluma* y en español *tamo del grano de trigo*: es la palabra del texto sagrado כִּמְבֹרֵךְ; no polvo, sino gluma; y exprime lo mismo la Vulgata, pues el tamo de seco se desata en polvo.

Veamos cuál es el tiempo en que el árbol, que asimila al justo, ha de dar su fruto, puesto que no es siempre ni cuando juzga la advertencia curiosamente descaminada. Su tiempo es cuando Dios se lo pidiere. Llegó Cristo á la higuera y pidióla higos cuando no era tiempo de producirlos: maldícela, sécase y cáensele las hojas. Pues ¿cómo, Señor? ¿En este salmo no tiene el buen árbol sentencia en su favor tan contraria á este castigo: «Será como el árbol que plantado en la vecindad de las aguas, dará su fruto en su tiempo, y no se le caerán sus hojas;» tan expresa, que parece previene la ignorancia desta higuera á quien se le cayeron las hojas, porque no dió su fruto cuando no era su tiempo para darle? No lo entendemos: enigma es propuesta, que no la acertará quien la juzgare por el árbol plantado y por la higuera sin higos. Uno y otro son el varon perfecto, que tiene su voluntad en la ley del Señor, y en su ley medita de dia y de noche. El tiempo de dar el fruto es cuando Dios se le pide: esto es mandar que le tenga prevenido en todo tiempo, porque ni sabe el dia ni la hora. Empléase el castigo que lastimó á los apóstoles en la higuera, porque se logre en el hombre la advertencia á costa de un tronco. Si el malo está con hojas de fealdad humana, pomposo es, porque aun no ha llegado el tiempo de Dios, en que le pida su fruto; y queriendo pagar con ellas solas, con la maldicion se le caigan. Si el virtuoso yace en el desprecio y persecuciones, sin el fruto de sus méritos y paciencia, es porque aun no ha llegado su tiempo en la voluntad de Dios en que se le pida. Este tiempo se debe aguardar en unos y otros, para reconocer la justicia de la divina Providencia; y ni tener envidia á las hojas de la higuera loca, ni lástima del árbol que en el invierno carece dellas, y á la vista no se diferencia del que totalmente está seco, hasta que el verano muestra planta con vida el uno, y leño difunto el otro; aquel duerme, este yace. El justo duerme sueño, el impío muerte: eso se entiende en los amantes deste mundo cuando dellos se dice que durmieron su sueño, salmo LXXV: *Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis*; porque lo que tenían en sus manos era el mismo sueño, de que nunca despiertan.

Ha hecho dar gritos á grandes espíritus el ver los malos bien afortunados y sin el castigo que merecen, y oprimidos los buenos. Habacuc, cap. 1, parece que introduce esta queja en acusacion, y que, profeta, hace el oficio de fiscal. (1) Con esta respuesta satisfizo Dios

(1) «Usquequo Domine clamabo, et non exaudies? Vociferabor ad te vim patiens, et non salvabis? Quare ostendisti mihi iniquitatem et laborem, videre praedam, et injustitiam contra me? et factum est iudicium, et contradictio potentior. Propter hoc lacerata est lex, et non pervenit usque ad finem iudicium: quia impius prae-

en Hababuc á todos: «Lo que se ha de ver está lejos; mas verás al fin y no mentará. Si se tardare, espéralo, porque vendrá á toda prisa y no se detendrá.» En estas cosas no es lo que se ve lo que se admira en las felicidades, sino lo que se manifiesta al fin. Esto léjos está á nuestra impaciencia, tárdase á nuestro deseo; y no se detiene, y camina á toda prisa las jornadas que le destina la tolerancia de la divina Providencia. Que no es lo que se ha de ver lo que se mira en estos infelizmente dichosos, decláranlo estas palabras del mismo profeta, refiriendo su castigo, que resultará de todo lo que gozan: (1) «¿Por ventura todos estos sobre su vanidad no formarán parábola y hablilla de sus enigmas?» Enigmas llama sus dichas y riquezas. Y los enigmas, con lo que dellos se oye y se ve, encubren lo que son; y solo puede acertarlos quien no dice que son lo que muestra su pintura, sino cosa muy diferente: como si para hacer un enigma de la aguja de coser se pintase un cíclope con un ojo en la frente todo armado de acero. Quien dijese que era Polifemo ú hombre de armas tuerto, sería ridículo. No pues es menos enigma el avariento cargado de oro, ni el impío puesto en dignidad, ni el humilde despreciado, ni el inocente perseguido. Lo que se ve es la pintura del enigma. Vérrale quien á aquellos llama ricos y felices, y quien á estos llama miserables y desdichados. Enigma son el pobre, que cargado de leña, desnudo y descalzo pasa por un monte, y el rico que hace el propio viaje á caballo, con criados y maletas y vestido precioso. ¿Quién no dirá que aquel es miserable y abatido y que va muriendo, y este espléndido y dichoso y que va acomodado? Salen ladrones á entrambos: al mendigo le es la carga y la infelicidad pasaporte y salvo-conducto; al caballero, las joyas y las balijas y la recámara, infortunio y muerte. Quien aguardare á que llegue la hora de cada cosa, que dice el Espíritu Santo que sobrevendrá de repente como ladrón, acertará lo que son estos enigmas, que nos descaminan el juicio, persuadiendo los ojos con las disimulaciones de colores lisonjeros ú de borrones desaliñados. No puede ser rico con el oro, ni honrado con los puestos quien no posee los puestos ni el oro. Nada posee quien no posee su alma. Todos tienen alma y solo la poseen los que tienen paciencia. Por eso dijo Cristo á sus apóstoles cuando les notificó sus persecuciones y peligros y martirios: (2) «En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.» La paciencia es la que da el derecho de la posesion. Por eso Job poseyó sus riquezas, porque poseyó en su paciencia su alma. Quien no le posee en ella, nada posee; tiénelo como la bolsa y el arca. Nadie dijo que estas cosas sin alma poseen lo que tienen, sino que lo tienen y lo encierran. Solos aquellos que saben padecer lo que tienen, poseen sus almas en su paciencia, y con ella lo

valet adversus justum, propterea egreditur iudicium perversum.» Y añade: «Quare respicis super iniqua agentes, et taces devorante impio iustiorum se?» A tan encarecida exclamacion satisface el Profeta en el cap. 2, diciendo: «Et respondit mihi Dominus, et dixit: Scribe visum, et explana eum super tabulas, ut pereurrit qui legit eum. Quia adhuc visus procul, et apparebit in finem, et non mentietur; si moram fecerit, expecta illum: quia veniens veniet, et non tardabit.»

(1) Numquid non omnes isti super eum parabolam sument, et loquelam aenigmatum ejus?

(2) Lucae, 21, v. 19.) In patientia vestra possidebitis animas vestras.

poseen todo. A los que no saben padecer las cargas y obligaciones de los tesoros, honras y dignidades, los padecen las dignidades y honras, y sus almas antes son poseidas de su impaciencia que poseedoras.

¿Por qué no harémos con Dios, cuando se nos representan estas fantasmas y enigmas, lo que hacemos con los jueces y magistrados de la tierra? Consideracion es de san Juan Crisóstomo: (3) «¿Están acaso las cosas humanas concluidas en los términos desta presente vida del todo? Espera el fin; délsabrás lo que mereció la vida de cada uno. No te alborotes antes del premio y la corona. Cuando veas delante del tribunal sentenciar al bueno y al malo, entonces harás juicio de entrambos. ¿Cuántos saltadores rodean hoy los caminos! ¿Cuántos escaladores de casas rompen las puertas y las tapias! ¿Cuántos testamentos de los que mueren se falsifican! ¿Cuántos ajenos casamientos se insidían! ¿Cuántos con venenos quitan las vidas á otros! ¿Por esto, dime, murmuras del juez? De ninguna manera. Mas cuando diese la sentencia, si castigase al que padeció agravio de otro, y premiase al delincuente y malhechor, entonces era digno de nota y de extremo rigor. Empero cuando no son presentados al juicio del magistrado, ni está concluido el proceso, hecho el cargo y concluso para sentencia, sin razon te adelantas á disfamar la integridad de su oficio. Replicarás que aun en este estado y aquí convenia castigar los pecadores. ¡Oh hombre! Entrate por tu conciencia y considera cómo has vivido hasta ahora, y creo mudarás de parecer, y cancelando tu voto, alabarás á Dios por su longanimidad misericordiosa; porque si en esta vida hubiera de castigar á todos segun sus culpas, no hubiera durado hasta nuestro siglo el género humano.» Si al hombre que ofendido de otro, ansioso le busca para satisfacerse, aun le llamamos rabioso y fieramente vengativo (siendo así que si no se adelanta y se tarda, el contrario puede esconderse ó ausentarse, ú armado y con gente de su séquito, no solo defenderse dél, sino darle la muerte); Dios, de quien ninguno puede huir, ni hallar en el cielo ni en el infierno seno ni distancia que le oculte, ni en la tierra armas ni compañía que le defienda, ¿qué os espanta que detenga su ira en sus misericordias, si nadie puede huir de su justicia y poder? Aguardad, pues él aguarda, á que se cumpla el término legal, que él le tiene prefijo á las causas y procesos de los hombres. ¿Cuál es este? Su sola y mayor y más larga misericordia. (4) ¿Alguno de vosotros, que con lenguas blasfemas fiscalizais á Dios, renunciara para sí este plazo? Ninguno. Pues ¿por qué persuadís á que le renuncien otros, y queeris que Dios le anule? No le renunció el Buen Ladrón y espiró santo, *qui totus vixit in crimine*; renunció el malo, y murió en los delitos con que habia vivido. ¿Cuál enigma más obscuro que ver á Judas discípulo, y al ladrón delincuente escogido para

(3) Serm. iv, de Providentia et fato.

(4) Uno y otro se lee en estas palabras de san Pedro Crisólogo: «Haec est Christi magna, larga, sola misericordia, quae iudicium omne in diem servavit unum, et homini totum tempus ad poenitentiae deputavit inducias, ut quod de vitis infantia suscepit, rapit adolescentia, invadit juvenus, corrigat vel senectus: et de peccato vel tunc poeniteat, quando sentit jam se non posse peccare, et tunc saltem, reatum desserat, quando illum reliquerit jam reatus: faciat de necessitate virtutem, moriatur innocens, qui totus vixit in crimine.»

deshonra de la muerte de Cristo? ¿Quién le declaró? El fin de entrambos, que mostró al apóstol traidor desesperado en la horca, y al ladrón apóstol con esperanza en la cruz. Si queeris acertar, aguardad á que el juicio de Dios amanezca las tinieblas del vuestro.

Y porque la peor casta de ciegos son los que no ven lo que miran, quiero hacerlos ver lo que mirais. Mirad lo que digo, y veréis con mis palabras. Llenaréis los ojos de la Providencia divina, visible en las riquezas, honras y dignidades, cuyo desvario á vuestro sentir os tiene mal persuadidos. Atended al cuidado que tuvo Dios para que el poderío y tesoros de los príncipes, reyes y emperadores se lograsen para su bien y el de las monarquías, en la fundacion de las sagradas religiones monacales y mendicantes, y eremíticas. Los unos con la liberalidad de los monarcas, en soledad cultivada, con asistencia á la oracion, y obediencia y estudios, fecundan las rentas y opulentos edificios y heredamientos, de plumas para los escritos, de voces para los púlpitos, de maestros para las cátedras, de pastores para las mitras, de pontífices para la tiara, de mártires para el riego de la Iglesia (*testigos*, eso significa el nombre, que rubrican la fe que tienen y la que hacen, con su sangre). Los otros, que en todo esto tienen numerosísimo caudal, porque el de los particulares, y la hacienda de la plebe, aun fuesen solicitados para este logro, y se escondiesen á los acontecimientos, y no pudiesen perderse, con mortificacion caritativa, la recuerdan con su necesidad de puerta en puerta. No menos asisten en este punto á la divina Providencia los que en los desiertos, sin la comunicacion de la gente, vestidos de yerbas y cortezas de árboles, y alimentados de legumbres y raíces y yerbas, enseñan que se puede vivir en el mundo sin él, y que Dios hace el gasto á los suyos sin el medio del dinero y tráfigo y comercio humano, para que tambien las cosas inanimadas participen en su género de la dignidad de servir al sustento de los suyos. Y con estudio (digámoslo así) tan de su eterna sabiduría atiende Dios á esta prueba de su divina Providencia, que despues de tantas angélicas repúblicas en diferentes religiones monacales y mendicantes, en nuestros tiempos sacó en España, de la milicia en que fué blason, al nobilísimo cántabro, al grande patriarca san Ignacio de Loyola; para que en su sagrada religion, que ni aun se cuenta monacal ni la quieren mendicante, aunadas y juntas en una compañía, engarzado el un estado y el otro, compusiesen una joya, en que juntas luces tan soberanas, fabricasen un sol que rodease de rayos el nombre de Jesus; atareada á la salud universal de las almas, espíritu de ejemplo y doctrina, dilatado para la salud comun por todo el orbe. De tal manera, que parece los describen aquellos versos del grande poeta:

*Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem.*

Sus hijos, como fieles albaceas del Testamento Nuevo, infatigablemente trabajan en mostrar cómo se cumplió el Viejo, y en solicitar que las mandas del Nuevo, que son sus mandatos, se cumplan; gastando sus vidas en aclarar las trampas de los herejes y los robos de los idólatras. Desapropiólos el santo fundador de sí mismos, y vinculólos para todos. Ni en su orden quiso pudiesen pretender para sí, ni fuera della; con las

escuelas, desde el leer hasta las cumbres escolásticas y expositivas y en todas ciencias, criando sugetos que en todas las demás religiones merezcan las mitras y la tiara: coronándose con solo el mérito desta disposición. Antes que viniesen al mundo, hubo en todas las religiones santísimos y doctísimos prelados; empero no hubo estatuto ni religion que profesase la privacion propia de todas las dignidades eclesiásticas ni seglares, y el criar sugetos para que en todas las universidades, iglesias y religiones las mereciesen. Convino á la divina Providencia que se viesse que en sus rebaños habia ovejas que no llevaban para sí la lana, aves cuyas plumas no hacian para sus hijos el nido, abejas que no fabrican para sí los panales, y labradores que no gemian detras del arado para sus cosechas. Su tarea es, que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en la tierra y en el infierno como en el cielo. Esto consiguen con la universal y no limitada enseñanza, con la predicacion y el ejemplo en los hijos, de la Iglesia; y en el infierno, militando contra los herejes incesablemente, hasta hacerlos arrodillar convencidos al nombre de Jesus, que les da el nombre y denominacion; consiguiendo la misma victoria entre los idólatras, enviando al cielo innumerables mártires, que al nombre de Jesus y con él doblen las rodillas. Segun esto, con las sagradas religiones previno la divina Providencia y con las obras piadosas al buen uso y logro de las riquezas y de las dignidades y honras; y con las universidades y colegios, á la disposicion de la suficiencia: todo fundado del tesoro comun de las repúblicas. Estas cosas no pudo disponerlas humana fragilidad, que siempre las contradice; ordenamiento es de la eterna Sabiduría, para vencer cuando sea juzgada. Conoció David esta intencion, siendo discípulo de su arrepentimiento, cuando dijo: (1) «Para que te justifiques en tus palabras, y venzas cuando te juzgan.»

¿Quién son los frenéticos que juzgan á Dios, siendo justísimo juez de todos? Estos impíos que dicen que no cuida del gobierno de lo que crió con su omnipotencia, de lo que redimió por su amor con su sangre; que da los bienes y honras á los malos, y los males y afrentas á los buenos: á estos vence cuando le juzgan, con esta sagrada disposicion referida. Arguye Jeremías á Dios en el capítulo 12; (2) respóndele Dios con el día postrero que tiene señalado por plazo perentorio al proceso desta vida (3): «¿Pregúntasme por qué los malos tienen prosperidad en su camino, y sucede bien á los que prevalecen? Yo te digo que porque no ha llegado el día del cuchillo: júntalos como ganado para la víctima de mi justicia, á quien han de ser sacrificio.» David confiesa que esta consideracion, no solo le congojaba, sino que le hizo dar traspies: (4) «Casi vacilaron mis piés, y faltó poco que resbalasen mis pasos.» ¿Cuál tropezon pudo turbar piés que pisaban tan firmes? Consecutivamente lo dice: (5) «Porque se escandalizó mi celo en los pecadores, viendo la paz de los pecado-

(1) Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas cum iudicaris.

(2) Quare via impiorum prosperat: bene est omnibus qui pravariantur, et inique agunt?

(3) Congrega eos quasi gregem ad victimam, et sanctifica eos in die occisionis.

(4) (Salmo LXXII.) Mei autem penè moti sunt pedes: penè effusi sunt gressus mei.

(5) Quia zelavi super iniquos, pacem peccatorum videns.